

otra cosa mas que su conversion al cristianismo y la adquisicion de la corona polaca, que está con ella enlazada. Y aun respecto de este particular debe hacerse notar que fué el pagano el que pensó que lo decisivo era la corona y no el cristianismo, al cual estaba muy léjos de considerar en su idea católica. Hizose cristiano, porque cristiano habia de ser el rey de Polonia, y aun cuando por consideracion á la memoria de su madre, la griega Juliana, se mantuvo fiel hasta sus últimos dias á ciertas prácticas de la iglesia oriental, fué un buen cristiano católico-romano. La influencia que sobre él ejerció la Iglesia católica fué extraordinaria: dominóle por completo y le privó de aquella independencia de criterio que habia mostrado en otro tiempo y que es la condicion prévia de una política independiente, que no conoce otros límites sino los que le impone alguna fuerza superior.

No dirá nada aventurado el que sostenga que desde el momento en que trocó su nombre pagano por el cristiano y en que un sacerdote católico le ciñó la diadema de Polonia perdió por completo su voluntad, dejando de tener, desde entonces, criterio propio para distinguir lo justo de lo injusto, lo útil de lo perjudicial. A esto contribuyeron además dos nuevos factores, que exigian ser tenidos en consideracion al juzgar todas las cuestiones, á saber: los intereses de la iglesia católica y los del Estado polaco. Mientras Jagellon no fué mas que gran duque de Lituania, no habia para él mas que un punto de vista, que era su interés personal, á su modo de ver completamente identificado con el bienestar de Lituania. En el conflicto en que se encontró como rey de Polonia no supo hallar salida alguna, y cuando intentó hacer prevalecer sus deseos personales, sus simpatías y sus antipatías, vémosle, despues del primer impulso, volverse atrás, por encontrarse el mas débil, hasta acabar por abandonar por completo la lucha.

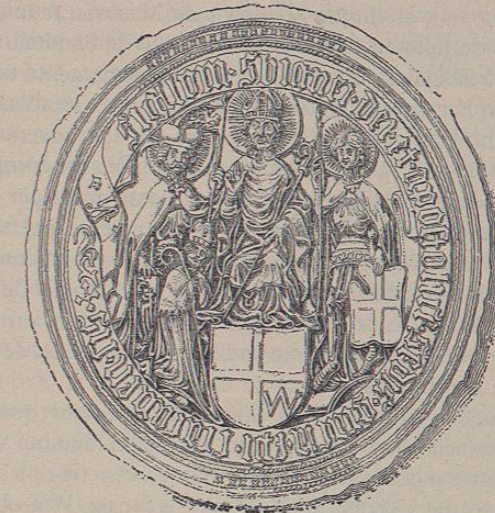
El gobierno pasó de sus manos á las de un consejo asamblea, en el cual la Iglesia y la oligarquía polaca habian formado una alianza para la realizacion de los fines comunes. Apenas conseguia algunas veces el monarca hacer prevalecer su voluntad en algunas cuestiones personales, pero en cuanto se trataba de cuestiones de principios, siempre era él quien tenia que ceder.

Es muy notable cómo este hombre fué sujetado y casi podría decirse «domado.» Apenas encontramos en él un resto de su antigua rudeza: únicamente su pasion por la caza recuerda los tiempos en que reinaba en Wilna. En cuanto á empresas guerreras, solo le encontramos en primer término en una, en Tannenberg, y aun allí su manera de portarse no recuerda la de su padre, tan aficionado á las batallas. Observaba escrupulosamente las prácticas de la Iglesia: liberal hasta la disipacion; débil para con todos los que le pedian; accesible á la influencia de los que mas cerca de él estaban; atraído con harta frecuencia á las inclinaciones de sus esposas; bondadoso y hablador, pues la edad iba imprimiendo cada vez mas en él su sello; sóbrio en la mesa y sencillo en el vestir, no producía en manera alguna la impresion de un rey. Mostró, especialmente en los últimos años de su vida, todas las cualidades de un individuo bondadoso y débil que no sabe resistir á una persona de carácter resuelto. Esta impresion toma mayor fuerza si contemplamos su figura: un contemporáneo la describe tal como la vió ocho años antes de su muerte (1). Era un hombre de baja estatura, de corazon bondadoso, casi completamente calvo, de ojos (negros) que reflejaban paz y bondad, de voz y lenguaje mas sonoros que la trompa, pero siempre amaba la paz y la tranquilidad.»

(1) *Annales Polonorum (Dopelnienie Szamotulskie)*, en Bielowski, tomo II, pág. 862.

Su retrato, esculpido en mármol en una capilla de la catedral de Cracovia, confirma los rasgos mas salientes de esta descripción.

Jagellon se casó cuatro veces: su primera esposa, Eduvigis, le dió una hija que murió á poco de haber nacido; de la segunda, Ana, tuvo tambien una hija, Eduvigis, que falleció á los 23 años sin haberse casado; su cuarta esposa dió á luz tres hijos, de los cuales sobrevivieron el primero, Wladislao (nacido en 31 de octubre de 1424) y el mas jóven, Casimiro (nacido en 28 de noviembre de 1427). El monarca, en su



Sello del obispo Zbignieff Olesnicki, de Cracovia.

Estampado en cera encarnada, con el borde de cera amarilla y cordones de seda encarnada, en un documento del año 1438. En él se ven los tres patronos del obispado de Cracovia; en el centro, San Estanislao sentado en un trono y revestido de todas las insignias episcopales; á su lado, á la derecha, San Wenceslao, con armadura y manto y el gorro ducal en la cabeza, empuñando con la mano derecha el escudo con el águila y la espada y con la izquierda una bandera con el águila; á su izquierda, hay un santo con la cabeza descubierta, vestido con armadura y capa, sosteniendo con la mano izquierda un escudo y con la derecha una lanza. A los piés de estos patronos está de rodillas y orando el obispo Zbignieff con todos los ornamentos y el báculo. En primer término, se ve un gran escudo con sus armas. La inscripción, puesta en una cinta arrollada en uno de sus extremos, dice: SIGILLUM SBIGNEI DEI. ET. APOSTOLICE. SEDIS. GRACIA. EPI. CRACOVIAN-SIS + (Segun Vossberg.)

testamento, nombróles por tutor al obispo de Cracovia, Zbignieff Olesnicki, bajo cuya tutela él mismo habia estado durante tanto tiempo.

CAPITULO XIX

ZBIGNIEFF OLESNICKI

Este hombre notable, que por espacio de diez años rigió los destinos de Polonia, tuvo que sostener grandes luchas interiores y exteriores para conservar su situacion. El rey Jagellon habia procurado por todos los medios conseguir el reconocimiento del derecho hereditario en favor de sus hijos; pero un partido poderoso de la aristocracia polaca no queria tener por rey á Wladislao, porque contando apenas diez años su subida al trono significaba la continuacion de la dominacion de aquellos hombres de Estado cuyo jefe era Zbignieff Olesnicki y la opresion de los elementos que en la ayuda dada á los hussitas, cada dia mas en auge, y en la union íntima con Bohemia veían la salvacion de Polonia. Al frente de estos adversarios del obispo de Cracovia y de su política, se encontraban Spyttek de Melsztyn, Derslaw de Rytwian, Abraham Zbaski y Yan Strasz. Olesnicki, al recibir la

noticia de la muerte de Jagellon, se encontraba en la Gran Polonia, dispuesto a marchar a Basilea para intervenir en el concilio como jefe de una embajada; pero sin vacilar confió esta misión al obispo Estanislao Ciolek, para dedicarse a la tarea más importante de obtener el reconocimiento de Wladislao. En una asamblea que se reunió en Posen consiguió su objeto, y ni siquiera en Cracovia, donde su conducta arbitraria había producido gran descontento, encontró gran resistencia a sus designios; de suerte que su triunfo parecía asegurado. Sin embargo, el partido contrario no dió por perdidas sus posiciones, y para imponer su candidato a la regencia, que era el duque Ziemowit de Masovia, reunióse a mediados de julio en Opatow (al Noroeste de Sandomierz): allí acudió Zbignieff, a pesar de no estar previamente invitado, y supo hacer fracasar, lo propio en aquella asamblea que en la definitiva de Cracovia, los planes de sus adversarios. De suerte que en 25 de julio el joven Wladislao fué coronado por el arzobispo Adalberto de Gnesen, y para matar por completo la candidatura de Ziemowit como regente del reino, Zbignieff renunció espontáneamente al cargo de regente del reino que le confiaba la disposición testamentaria del difunto monarca. Entonces se convino en confiar el gobierno de cada provincia a un tutor para cada una, a excepción de Cracovia que tendría dos.

La renuncia voluntaria del obispo no fué más que una mera apariencia, pues muy pronto Olesnicki dominó a los tutores de un modo más completo que en otro tiempo había dominado al rey. Sus partidarios, los Teczynski, Watrobka y Osolinski, desempeñaban los principales cargos.

Por lo demás, no desapareció con esto el peligro que venía a constituir el partido nacional-hussita de los adversarios del obispo. Ya hemos visto cómo éste supo dominar a Switrigail y a la orden: la muerte del rey Segismundo, del hombre que durante su vida había intervenido tan directamente en los asuntos de Polonia, acaecida en 9 de diciembre de 1437, suscitó nuevas complicaciones que podían ser de gran trascendencia para la situación exterior y para la vida interior de Polonia.

El rey Segismundo, con el reconocimiento de los compactados de Praga, había conseguido en los últimos años de su vida la posesión real y efectiva de la corona bohemia, después de lo cual había hecho cuanto le había sido posible para que le sucediera en ella su heredero en Hungría, el austriaco Alberto; pero no le había sido dado conseguir ninguna promesa que tuviera verdadera fuerza. La elección de Alberto solo fué segura por los esfuerzos del príncipe elector de Brandeburgo, quedando demostrada la solidez de la posición del Habsburgo por el hecho de haber conseguido el reconocimiento de la misma Bohemia. Pero el odio contra los alemanes, que cada día parecía más encarnizado en la guerra de los hussitas, rechazaba esta elección. Ya en marzo de 1438 una embajada bohemia ofreció la corona primero al rey Wladislao y luego a su hermano Casimiro, y este último, o por mejor decir, el partido hussita de la aristocracia polaca, aceptó aquella corona a pesar de la oposición de Olesnicki. Esto ocasionó en Bohemia una doble elección, pues mientras los utraquistas proclamaban a Casimiro Jagellon, los hussitas moderados y los católicos bohemios se decidían en Iglan por Alberto. Fué, pues, inevitable la guerra; no creemos necesario describirla ni tratar de las embajadas y negociaciones que dieron por resultado la paz, en virtud de la cual quedó asegurada al austriaco la corona bohemia. Casimiro tuvo que huir, y estos sucesos fueron de gran trascendencia para Polonia. Para vencer a los hussitas polacos, que se habían envalentado con los planes bohemios de los Jagellones, reunióse en 25 de abril de 1438 en Korczyn una confederación

que se obligó a mantener incólume la constitución del país «y levantarse contra los que profesaran ó favorecieran las doctrinas heréticas, para destruirlos (1)». Según parece, esta confederación se dirigía especialmente contra Szytko de Melszyn, quien enfurecido por el fracaso de Casimiro y el consiguiente aumento de la influencia de Olesnicki, a quien tanto odiaba, se reunió, en mayo de 1439, en Nueva-Korczyn, con sus partidarios en confederación y procuró apoderarse por sorpresa de la persona de su adversario para tomar de él venganza. El golpe fracasó: Szytek fué perseguido por las tropas del rey y muerto en Nida con todo su séquito después de un sangriento combate. Su cadáver permaneció tres días insepulto en el sitio en que había encontrado la muerte. En cuanto a los hussitas que aun quedaban en Polonia, decretáronse contra ellos persecuciones que acabaron muy pronto con todo su partido. El país «fué purificado de los excrementos heréticos.» Zbignieff Olesnicki había quedado victorioso: Polonia, que era lo que absorbía toda su atención, debía fundarse, a su parecer, no sobre la base de la comunidad de todas las nacionalidades eslavas afines, sino sobre la fuerza de la iglesia católica (2). La idea eslava, ya se expresara en la alianza con Bohemia ya en la unión con el elemento lituano-ruso, alejaba a Polonia de la iglesia católica y la aproximaba a la iglesia oriental, ó a otra forma intermedia no menos odiada. Esto no podía ser, y aun cuando Olesnicki no había podido impedir la aventura bohemia de Casimiro, antes y después de ésta se mantuvo en íntimas relaciones con el Occidente católico. Conocido es el brillante papel que desempeñó Polonia en el concilio de Constanza: en el de Basilea no fué tan afortunada, pero también en él fueron de gran trascendencia el influjo de Polonia y la consideración de su política. Olesnicki, que por la muerte del anciano rey, acaecida en 1434, se había visto imposibilitado de representar personalmente en el concilio la causa polaca, tuvo un elocuente sustituto en el obispo de Posen, Estanislao Ciolek; pero a pesar de todo, fué Olesnicki quien tuvo la dirección del asunto. Aun prescindiendo de la cuestión puramente política, produjo excelentes frutos el contacto cada vez más íntimo con los corifeos eclesiásticos de Occidente, contacto que no se había interrumpido desde la fundación de la universidad de Cracovia y que llegó en aquellos días a su apogeo. Los prelados que regresaban de Occidente eran apóstoles de ilustración, y gracias en buena parte a su influjo comenzaron a ganar terreno la tendencia escolástica del humanismo y el estudio de la antigüedad. Hombres como Pablo Wladimir, representante de Polonia en el concilio de Constanza y rector de la universidad de Cracovia, como Juan Elgoth, doctor en decretales y representante especial de Zbignieff en el concilio de Basilea, como Juan de Kanty, doctor en teología y profesor de la universidad de Cracovia, como el *Dr. decr.* Nicolás de Blonie, famoso orador sagrado, como Sedziwoj de Czechel, Gregorio de Sanok y otros muchos sacerdotes de segunda fila, pero de gran valer, hacían de la ilustración científica una necesidad para los que querían obtener y conservar una elevada posición política, eclesiástica ó social. Zbignieff pertenecía al número de los hombres más ilustrados de su tiempo, hasta el punto de que un crítico tan poco indulgente como Eneas Silvio alabó la finura y elegancia de su estilo latino y de su talento. Como él, pensaba y obraba el círculo de sus confidentes y amigos, entre los cuales sobresalía Juan Dlugosz, el gran historiador y estadista polaco

(1) Vol. leg. tomo I, pág. 64, *cujuscumque status, gradus conditionis, et praeminentia*. Esto último es una prueba indudable de que el catolicismo de Casimiro fué en ciertos círculos considerado como perjudicado con la empresa bohemia.

(2) Véase Bobrzynski, § 58 y 59.

co del siglo xv. El hecho de ser sacerdotes casi todos estos hombres demuestra hasta qué punto las clases elevadas de la sociedad polaca estaban en aquel tiempo dominadas por las ideas religiosas. Esto no obstante, no era la tendencia romana la que tenía más predominio. Ya en otro lugar (1) hemos hablado del curso de los debates en los concilios de Basilea, Ferrara y Florencia, en los cuales Polonia adoptó una actitud independiente: primero reconoció a Eugenio IV, luego a Félix V, el Papa del concilio, y un escrito redactado en este sentido por la universidad de Cracovia y en el cual se sentaba la superioridad del concilio sobre el Papa llamó poderosamente la atención en Basilea (2). Cuando después se vió que Eugenio IV quería sostenerse a todo trance, Olesnicki siguió otro camino, declarando que sería neutral la Polonia y administraría ella misma sus asuntos religiosos hasta que se diera por terminado el cisma. De suerte que durante mucho tiempo, Polonia y especialmente Cracovia representaron la idea de la superioridad del concilio. Es digno de notarse que Zbignieff Olesnicki favoreció y apoyó entonces los planes de unión de las iglesias griega y romana (3): en recompensa de esto recibió el capelo cardenalicio, y realmente por su influjo se llevó a cabo esta unión en el territorio lituano. No andan desacertados los que opinan que él y el clero católico solo querían la unión como puente que había de conducir a los griegos al seno de la iglesia católica, única dentro de la cual puede encontrarse la salvación. Por la historia de Rusia sabemos que el desenvolvimiento de los sucesos siguió el camino diametralmente opuesto, y en el tiempo de que hablamos comenzaban ya a notarse los primeros síntomas de esta evolución. Zbignieff tuvo que declarar en un sínodo celebrado en 1441 en Leczcic, que habían fracasado en Polonia los planes de unión (4) y en cuanto a Lituania la consecuencia más inmediata fué derogar de derecho las disposiciones de la unión de Hrodlo, que excluían a los nobles griegos de toda participación en la vida del Estado, disposiciones que en la práctica no habían sido nunca cumplidas.

Bajo otro concepto sufrió también una derrota la política de Olesnicki. En 27 de octubre falleció el emperador Alberto II, rey al propio tiempo de Bohemia y de Hungría, el cual, en la esperanza de tener un heredero póstumo, había confiado la regencia del reino a su viuda Isabel. Sin embargo, ni en Bohemia ni en Hungría estaba suficientemente arraigada la dinastía de los Habsburgos para vencer la antipatía que, como se comprenderá, inspiraba una regencia que necesariamente había de durar muchos años. En Bohemia, el hijo póstumo del emperador apenas encontró más que un defensor, y el duque de Baviera reunió en su favor los votos de los electores, al paso que en Hungría, a pesar de que la reina Isabel contaba allí con un partido respetable, se acordó ofrecer la corona por medio de una embajada al rey Wladislao de Polonia. Desde la época en que ambos Estados se habían visto unidos bajo el único cetro de Luis de Anjou, había reinado cierta cohesión no interrumpida entre la aristocracia húngara y la polaca, y a pesar del antagonismo de raza, no puede negarse que existía una semejanza en la historia del desenvolvimiento de ambos reinos. Las constituciones de los dos países revelan algo más que cierta analogía exterior, y por ambas partes se había conservado la

(1) *Historia de Rusia*, cap. 28.

(2) Véase para los detalles, Caro, tomo IV, pág. 323.

(3) La relación se presenta aquí muy oscura: los principales sucesos los ha expuesto Caro, pág. 313.

(4) *Codex epistolaris XV saeculi*, II, pág. 352, *cum autem dicta reductio non sit secuta effectum, juxta intentionem Concilii*. En la propia *Declaratio* se empleaba, pocas líneas antes, la expresión *reductio seu unio Graecorum*. Esto, por lo menos, es inteligible.

cohesión de las familias nobles fortalecida por los matrimonios entre ellas contraídos. Los barones húngaros y los polacos se habían juntado más de una vez para deliberar en común, y en la época de la crisis política vemos en activa correspondencia (5) a los prelados y magnates (*majores*) del reino de Polonia con los señores del país húngaro. El poderío de los turcos, que cada vez se mostraba más amenazador, creó un nuevo lazo de unión.

Así como el reino de Polonia-Lituania había tenido que resistir los ataques de los tártaros, del mismo modo la Hungría tuvo que oponerse a los de los turcos (6). Desde los tiempos del sultán Amurates II, este peligro se presentaba cada día con mayores caracteres de gravedad. Ya en 1422 los turcos habían puesto sitio por vez primera a Constantinopla; y cuando en 1430 Venecia se sometió a una paz humillante, los turcos dirigieron sus ataques contra Hungría. La Transilvania había sido ya devastada por ellos, y aun cuando Juan Huniade opuso heroica resistencia, el peligro iba en aumento de año en año. Al fallecer el emperador Alberto, los patriotas húngaros decidieron buscar su salvación en la alianza con Polonia, ya que, según parece, no había podido salvarles la unión con el imperio alemán. En Hungría como en Polonia se odiaba al elemento alemán, del cual no se había sabido prescindir hasta entonces.

Estas y otras consideraciones, en las cuales no podemos entrar por falta de espacio, fueron causa de que a fines de enero del año 1440 una embajada húngara ofreciera la corona de Estéban al joven rey de Polonia y de que éste la aceptara después de algunas vacilaciones (7). Ya en 22 de abril encontramos a Wladislao en territorio húngaro. Zbignieff Olesnicki se había declarado con toda la fuerza de su voluntad favorable a esta política. Si Polonia, en unión con Hungría, lograba arrojar al otro lado del mar al enemigo común de la cristiandad, ¡qué brillante situación se le concedería a él en recompensa!

El fin que perseguía era un fin elevado y a su ejemplo se entusiasmó toda Polonia ante la idea de luchar por la cruz contra la media luna. No entra en nuestro propósito presentar en su cohesión histórica los sucesos que luego acaecieron: es de mucho mayor interés para nosotros ver cómo se reflejaron en el alma del joven rey de Polonia. Una carta (8) que escribió en 27 de abril de 1443 al gran maestro Conrado de Erlichshausen, nos permite hacer este estudio. Y aun cuando la carta procedió de su cancillería y nos ofrece una descripción viva de la situación política de Hungría, las ideas generales que en ella se expresan están en perfecta armonía con los puntos de vista y con los pensamientos del joven príncipe.

En ella encontramos un tono de elevación religiosa, desprovista de toda afectación, que demuestra que el príncipe se había empapado por completo en las ideas de Olesnicki. Wladislao estaba perfectamente convencido de que te-

(5) Véanse las relaciones de Caro, tomo IV, pág. 206, y el *Codex epist. saec. XV*, núms. 95 y 96.

(6) *Codex epist., saec. XV*, núm. 96: los magnates húngaros escribían a los polacos: *Denique horum regnorum nostrorum vicina contiguitas vobis causam dignam animadvertendi indicit ut quemadmodum Tartarorum altiarumque vobis vicinarum barbaricarum nationum terris vestris insulantium propinquitas vobis secunda non fuerit... sic in nostris finibus asueta barbaritas Turkorum et barbarorum et paganorum quod Deus advertat vestris contiguitatibus merito formidabilis debuit putari cum ardente pariete proximum esset vicine domus rem agi.*

(7) Prescindimos de describir la situación de Polonia respecto de la viuda de Alberto, la infeliz Isabel, por no ser necesario para nuestro objeto.

(8) En la fecha de la carta seguimos la opinión del *Codex epistolaris* contra la de Caro, tomo IV, pág. 336, nota 1.^a

nia que llenar una mision en extremo difícil, pero no fué la ambicion, como pretenden sus detractores, lo que le movió á aceptar la corona del reino de Hungría, sino el deseo de consagrar su vida á Dios, á la fe católica y á la defensa del pueblo cristiano. La mano terrible de los turcos atormentaba atrozmente á la cristiandad; por esto quiso Wladislao proclamarse vengador de las injurias inferidas á los Santos Lugares, no confiando para ello en sus propias fuerzas ni en el poder terrenal, sino tan solo en Aquel en cuyo nombre acometia su empresa. Wladislao, que era un niño de 16 años cuando comenzó su carrera, reinó tres años sobre Hungría y el éxito acompañó siempre á sus armas, habiendo conseguido cuatro victorias en el curso de aquel año (1443). El sultan, considerando ya perdida su causa, evacuó los territorios de Europa y regresó al Africa por miedo ó para reunir nuevas tropas. Entonces Wladislao resolvió en Hungría con sus preladados, príncipes y señores marchar, en verano, personalmente contra el enemigo. Tratábase, pues, de una empresa magna. El Papa, Venecia, Aragon, Milan, Rodas y el emperador bizantino habian ofrecido su apoyo y la orden teutónica, por consideraciones á su situacion y á la mision que desempeñaba, debía prestar su ayuda proporcionando un contingente militar, «á fin de que con su auxilio y con el de otros príncipes católicos fuese defendida la santa fe, fuesen los turcos arrojados de las fronteras de Europa, y cobrase nuevo esplendor la religion católica.»

A pesar de que la orden no respondió al llamamiento del rey, la campaña comenzada en el otoño de aquel año fué en extremo brillante. La batalla de Nisch (3 de noviembre) y el ataque de los mas importantes pasos de los Balkanes constituyen el período mas importante de aquella lucha, en la cual tomó parte personalmente el rey Wladislao dando muestras de gran valor. Los rigores del invierno obligaron á emprender la retirada: la impresion que el golpe recibido causó al sultan Amurates fué tal, que se mostró dispuesto á firmar una paz como no la habian firmado hasta entonces los Osmanes. El tratado de Szegedin, de 1.º de agosto de 1444, aseguró á Hungría la devolucion de la Albania y Servia, de otros territorios y de 24 fortalezas, la libertad de todos los prisioneros, una contribucion de guerra de 150,000 florines de oro y 25,000 guerreros para cualquier lucha que el rey Wladislao emprendiera. El rey cumplió un deber de prudencia al jurar el tratado, pero cometió una locura cuando cuatro dias despues se desdijo de su promesa y pronunció, por excitaciones del penitenciaro pontificio, un nuevo juramento por el cual se obligó á encontrarse en 1.º de setiembre con su ejército á orillas del Danubio para reanudar la guerra suspendida. El día 10 de noviembre fué la suerte adversa en Varna: su ejército quedó destrozado, él mismo halló la muerte en aquella jornada y los turcos tuvieron abierta la puerta que les habia cerrado el camino hasta el corazon de Europa.

Raras veces han ocurrido en tan pocas semanas cambios tan repentinos, desde las mas halagüeñas esperanzas á la mas profunda desesperacion, desde el poderío á la impotencia; y raras veces un perjuro se ha visto mas terrible y rápidamente castigado. ¡Szegedin y Varna! solo tres meses separan estas dos memorables jornadas. El día 1.º de agosto el sultan se presentaba aun como un humilde vasallo ante el joven rey de Polonia, y el día 10 de noviembre podia ya pisar el sangriento cadáver de éste. La culpa de esto casi no puede atribuirse á aquel joven de veintiun años, que sucumbió como víctima en la batalla de Varna y que fué sacrificado á la política «ultramontana», representada en Polonia por Zbignieff Olesnicki (1), política para la cual la salud de la patria no

(1) Comparacion usada por Caro.

era el fin sino simplemente el medio de conseguir aquello que habia de contribuir á la glorificacion de la supremacia pontificia. ¿Quién negará que la expulsion de los turcos de Europa era un gran fin, digno de grandes sacrificios? Todo parecia lícito para conseguirlo, menos una cosa, el perjurio, que despojaba á toda la empresa del fundamento moral y que autorizaba á Amurates para mirar con desprecio á aquellos cristianos que pocos meses antes habian hecho huir vergonzosamente á sus huestes.

Aquí, como en otros pasajes, nos encontramos enfrente de la Nemesi histórica: en Varna fué ella la que hirió mortalmente á la política pontificia, y Zbignieff Olesnicki, que representaba en Polonia esta política, fué tambien alcanzado por aquel golpe.

Si quisiéramos tratar de las consecuencias que hubiera traído para Polonia una victoria conseguida en Varna, tendríamos que entrar en fatigosas consideraciones: lo cierto es que la derrota fué la condenacion de la empresa húngara y el fracaso sufrido en union con el Occidente fué causa de que la política polaca dirigiera su atencion al Oriente, es decir, á la cuestion lituana, que volvia á agitarse.

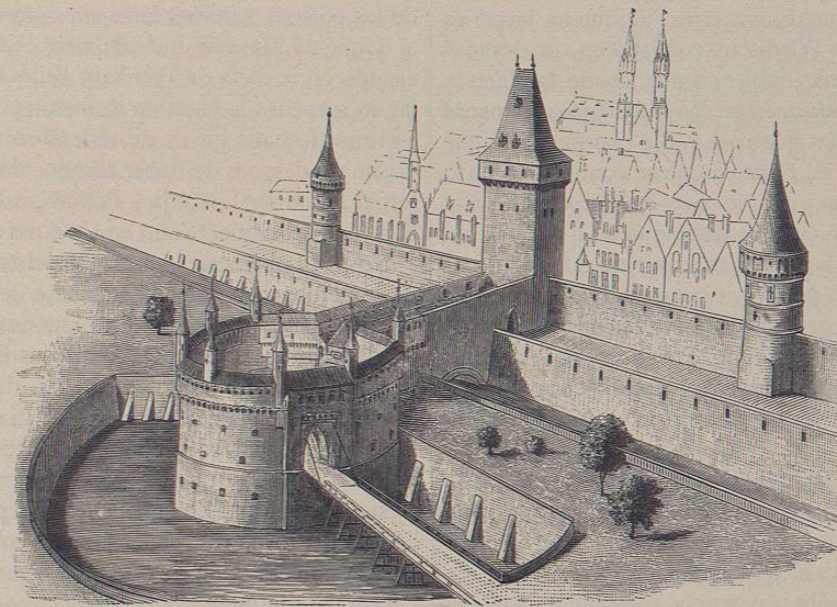
Mientras gobernó en Lituania Segismundo Kestuitowitz, Polonia nada tuvo que temer por este lado; pero aquel hombre odiado por su dureza y crueldad sucumbió bajo los golpes de los magnates lituanos contra él conjurados el domingo de Ramos del año 1440. Su sucesor, el príncipe Casimiro, hermano del rey de Polonia y Hungría, que contaba trece años de edad, se opuso á los planes de los magnates polacos, dejándose dirigir completamente por los lituanos. Pronto se vió que la Lituania pensaba aprovechar la ocasion para conseguir su completa independencia de Polonia, apelando á las armas si esto se hacia necesario. Es sorprendente el aumento de importancia, así interior como exterior, que se observa en Lituania durante los primeros años del reinado de Casimiro: parecia que habian vuelto los tiempos de Witold, al paso que los asuntos interiores de Polonia ofrecian, al propio tiempo, un aspecto cada vez mas funesto. La administracion del reino estaba confiada durante la ausencia del rey á dos gobernadores, uno para la Gran Polonia y otro para la Pequeña Polonia, á quienes correspondia resolver las cuestiones mas importantes. Al rey se le reservó todo lo tocante á política exterior, y en cuanto á las contiendas feudales y las disposiciones acerca de la division del país quedaron aplazadas hasta su regreso. Sin embargo, habian ocurrido en Polonia algunas dificultades que exigian pronto remedio. Los magnates polacos, en una carta que en 26 de agosto de 1444 dirigieron al rey Wladislao (2), pintaban su situacion aflictiva para mover al monarca á que regresara á Polonia, y si éste hubiese accedido á su súplica, no se habria roto la paz de Szegedin.

«La crueldad de los tártaros — escribian — tortura nuestro país de un modo horrible. Atraídos por promesas, presentes y auxilios, han devastado repetidas veces el Reuss y la Podolia: penetran de repente en el territorio y de un modo inesperado se llevan á gran número de nobles de ambos sexos, reduciéndolos á perpétua esclavitud, de suerte que casi todo el Reuss y toda la Podolia han quedado yermos y despoblados y nadie puede llorar bastante la ruina, los perjuicios, las calamidades y la miseria que ha producido el enemigo. Además de esto, ha sido hecho prisionero vuestro hermano el duque Casimiro en union con sus barones lituanos, á pesar de haberle enviado nosotros hombres dignísimos y á pesar de la actitud justa del duque Boleslao, cuyos territorios han sido incendiados y saqueados, habiendo sufrido igual suerte

(2) *Codex ep.*, I, núm. 125.

los nobles tártaros que le acompañaban y muchos plebeyos. Como la guerra no se contiene nunca dentro de ciertos límites, tambien ha sido perjudicada por los lituanos una parte de vuestro reino, á saber: el territorio de Luek.» Ciertamente el rey autorizó á estos magnates para auxiliar con tropas al duque Boleslao, pero les horrorizaba hasta la apariencia de una guerra civil. Los duques silesios de Oppeln y de Ratibor habian tambien causado graves perjuicios á Polonia, y aun cuando Wladislao hubiese querido oír á sus barones benévolamente, sus fuerzas no eran bastantes para restablecer el orden en aquel Estado desorganizado. Aquellos magnates decian que el rey habia hecho lo suficiente por Hungría y le suplicaban que regresara apresuradamente. En una carta de Olesnicki, fechada dos años antes, este hombre de Estado, que debía conocer exactamente la situacion, pintaba la cala-

midad general que afligia al reino en los siguientes términos: «Ilustrísimo rey: Con mucha frecuencia he hecho notar privada y públicamente á aquellos que gobiernan el reino estos y otros males, la negligencia, la molicie, la mala administracion del reino y de la hacienda, y les he manifestado la necesidad de una reforma, suplicándoles fervorosamente que la llevaran á cabo; pero á pesar de esto no han mejorado, y únicamente he conseguido que mis amigos se hicieran mis adversarios. Y como no sé mentir, me he indispuesto con los míos y con la Iglesia y me he visto por ellos perseguido. Los perjuicios, persecuciones, incendios y saqueos que en los años transcurridos he tenido que sufrir habrán llegado, segun creo, á oídos de Vuestra Majestad, y lo propio debo esperar de los castigos que recientemente he impuesto.» Manifestaba además que habia adquirido el convencimiento



La puerta de Floriani, en Cracovia: construcción de ladrillo de 1498, único resto existente de las antiguas fortificaciones. Los fuertes muros de tres metros de espesor de la contra-puerta circuyen un patio circular de 35 pasos. (Segun Essenwein.)

de que con ello no hacia mas que labrar su propia desdicha y por esto suplicaba al rey que se apiadara de tan grandes males y que por compasion y misericordia procurase aplicarles rápido y eficaz remedio para evitar la miseria, la afliccion y la ruina. «Pues si no se remedian pronto los males causados por la negligencia de los actuales administradores del reino, Vuestra Majestad debe temer que este reino, azotado por las guerras extranjeras, por las invasiones del enemigo y por continuos desórdenes interiores, no solo irá decayendo, como sucede ahora, sino que acabará por hundirse en ruinas irreparables.»

Es casi imposible emplear colores mas enérgicos que estos para demostrar la necesidad de un remedio eficaz. Olesnicki no pensaba en el regreso del rey, único remedio efectivo: queria el efecto, pero no queria el único medio para conseguirlo.

Entonces se libró la batalla de Varna y aun cuando Olesnicki no quiso confesar que con ello quedaba juzgada su política húngara, los hombres imparciales pensaron de distinto modo, y de ello tenemos un notable testimonio. Nueve años despues de la batalla de Varna, Eneas Silvio envió á su amigo el obispo de Cracovia una coleccion de sus cartas: Zbignieff agradeció con palabras altisonantes el presente, pero combatió enérgicamente la explicacion que en aquellas cartas se daba á la empresa húngara y á la ruina de Wladislao, diciendo que ni éste ni sus consejeros habian aceptado la

corona por ambicion ni por codicia de territorios, pues bastantes poseían; añadiendo que esta corona habia sido ofrecida varias veces, que se debía á la eleccion de los Estados húngaros y que habia sido admitida para defender á la cristiandad contra los turcos. Decia además que si el éxito habia sido desgraciado, culpa era en gran parte de Juan Huniade, á quien tanto ensalzaba Eneas Silvio, el cual, al llegar el momento decisivo, habia abandonado por completo á Polonia; y terminaba afirmando que el Señor habia castigado los pecados de sus contemporáneos, los cuales en vez de apoyar al héroe le habian abandonado á su propia suerte.

Eneas Silvio contestó con gran habilidad en una larga carta que mas bien pudiera llamarse libro, como él mismo dice. La explicacion y el juicio crítico de Zbignieff Olesnicki eran para él de tanto mas valor, cuanto que éste era cardenal y el hombre mas importante de Polonia despues del monarca, y sin el cual no podia decidirse la guerra, ni la paz, ni ningun otro asunto de importancia. Pero á pesar de esto, no bastaban algunas excusas para disimular los hechos. Ladislao, hijo póstumo del emperador Alberto, habia ya sido coronado rey cuando Wladislao penetró en territorio húngaro. Debía, pues, discutirse si prevalecia en Hungría el derecho de eleccion ó el de sucesion hereditaria. Si Hungría era un reino electoral, la explicacion de Zbignieff era justa, pero él (Eneas Silvio) habia oído decir á personas que conocian perfectamente la Hungría, que en este país la corona pasaba de padres á hijos.